



Los gatos de octubre

Guimazoa Miranda

“Va por los tejados, tu corazón
felino. Para poderlo entender, habría
que ser adivino”.
(*Corazón impar*. Jorge Drexler)

Al principio mi papá no quería, porque pensaba que cualquier cosa que nos vinculara con ella, terminaría por hacerla parte de nuestra vida. Y nada asustaba más a mi padre que sentirse parte legítima de la vida de una mujer de corazón noble. Yo he tratado de evitar durante mi adultez consciente, el tener que hacer un análisis sobre ese asunto. No quiero juzgar a mi viejo. Seguramente nunca llegaré a saber cuántas cosas terribles ha tenido que soportar para que saliéramos adelante. Él y yo: siempre juntos, siempre solos.

Después de todo, yo sí aprendí con la edad, a superar la maldición generacional de su masculinidad de boricua bestial. La manera en que me relaciono con las personas que me rodean, muy poco tiene que ver con su género. Nunca he odiado a las mujeres, a pesar de quien fue mi madre. Y ciertamente, nunca les he tenido miedo. Eso, y mucho más, se lo debo al regalo que significó para mí ejercitar el pensamiento crítico como parte de mi educación universitaria. Crecí en una época, en la que todavía los hijos de trabajadores sin riquezas o apellidos famosos podíamos estudiar en la Universidad de Puerto Rico sin que costara un ojo de la cara. Esa educación me cambió la vida y la literatura fue pieza clave para mi liberación.

Para mi padre, en ese entonces al menos, parecía que ya era demasiado tarde para ser hombre de otra manera. Cada día simplemente significaba, otra oportunidad de intentar abrirse



paso a golpes hacia lo que siempre soñó y nunca estuvo dispuesto a abandonar. Su vida era una brega cotidiana, braceando en las aguas turbias de las exigencias sociales que se tienen respecto a los hombres en nuestro país. Hacerse responsable de las expectativas afectivas de una mujer, era una complicación de vida que él no estaba en la disposición de asumir y que percibía como una carga demasiado onerosa.

Un día de enero, la brisa salada soplaba particularmente fresca sobre nuestra casa. En el clima siempre caluroso del Caribe, los días soleados son una hemorragia de luz blanco amarilla, que se desborda sobre la tierra y por encima de la gente. Ese día, el cielo despejado lucía saturado de un vibrante color azul bígaro. Caminamos hasta la playa. El océano nos hipnotizaba a puñetazos de espuma, a fuerza de rugidos y a cuenta del espeso salitre atlántico. Habían pasado ya unos cuatro años, desde que mi papá y yo vivíamos solos en la casa cerca del mar que compró para nosotros. Ese día, a media tarde, me fui solo para la casa. Mi papá decidió quedarse en la playa y visitar por su cuenta uno de los chinchorros cercanos. Allí fue que conoció a esta mujer.

Lo primero que cautivó a mi papá cuando la conoció, es que ella era muy inteligente y lo demostraba sin arrogancia, pero sin timidez. Su inquietud por aprender y experimentar la vida, parecía no tener límites. Escuchaba sin prejuicios. Pienso que ella quedó impresionada con el encanto natural de vendedor de mi padre y el hecho innegable de que él era capaz de seguirle el ritmo a la conversación de ella, no importando el tema sobre el que tratara. Que él fuera además un buen músico, solo terminó por convencerla a ella de querer conocerlo mejor. Ella se había casado muy joven, pero nunca fue madre. No por impedimento físico, sino porque se atrevió a



decidirlo así. En el mundo en el que ella se formó, la maternidad pesaba como un ancla que no le permitía a las mujeres surcar libremente el océano a la velocidad que el viento les pudiera marcar.

Según fue pasando el tiempo, mi padre me hablaba de ella ocasionalmente como quien comparte sus impresiones sobre una buena película. La frecuencia con la que mi papá empezó a salir de mi casa en las noches para esa época, en vez de seguir la rutina de monje asceta a la que nos tenía acostumbrados a nuestros gatos y a mí, me llevó a pensar que algo importante lo estaba motivando a salirse de su monotonía. A veces se quedaba a dormir allá, no sin antes anunciármelo con una sutil emoción pícaro, que yo nunca le había conocido. También notaba que tan pronto regresaba, generalmente muy temprano en la mañana, caía rendido en su cama a dormir profundamente hasta que yo me alistara. Yo no tenía claro en aquel entonces, qué tanto podía cansarse un hombre en sus cuarenta años, mientras visitaba a una amiga. Más tarde lo entendí perfectamente y me alegré por él.

Un día mi papá me explicó lo que yo imaginaba ya. Que tenía una buena amiga que vivía sola y a la que le gustaba visitar. Que era una mujer nacida en octubre igual que él. Que disfrutaba la música y el arte, como él. Que igual que nosotros, amaba las librerías y los gatos. Sobre todo insistió, en que era una mujer buena. Quería que yo la conociera y que fuera amable con ella. Después de algunas semanas, fue ella misma la que me esperó en varias ocasiones a la puerta del colegio para llevarme a mi casa. Sin que mi papá se lo pidiera, con cualquier excusa se detenía conmigo en la librería cercana al colegio a comer bizcochos de chocolate mientras repasábamos los ejemplares más recientes que el dueño había adquirido. A mí sólo me interesaban los “mangas” japoneses. A ella, muchas cosas diversas. Me hacía preguntas sobre la trama de los “mangas” que



yo coleccionaba y siempre encontraba una película de alguna parte del mundo, con la cual comparar eso que yo le contaba. Yo nunca había conocido a una mujer adulta tan parecida a una adolescente.

Cerca del mes de septiembre, mi padre empezó a buscar excusas para no seguir visitando a su amiga. Yo veía a mi viejo sumirse en la profundidad de sus dudas, sin entender qué le pasaba. Ahora sé que mi padre estaba convencido de que no contaba con lo necesario para reciprocitar a su amiga, todo lo que ella le había obsequiado a él generosamente, durante esos meses en que compartían muchos momentos de su tiempo libre. Mi padre, ya no concebía la idea de su vida acompañado. Su soledad, era la sábana que cobijaba su melancolía habitual, en una dañina zona de comodidad de la que él no tenía la menor intención de salir. Vivía añorando sus días de gloria en la música, cuando era un joven desbordante de sueños y planes. No se daba cuenta de lo mucho que tenía para aportar a la vida de su amiga, de una extraordinaria manera que lo separaba a él del resto de los hombres que ella conocía. Esa batalla contra el aislamiento voluntario de mi padre, ella sabía que la había perdido inexorablemente.

No hizo diferencia alguna en la decisión de mi padre que para el mes de octubre, aparecieran alrededor de mi casa unos gatos muy pequeños de diferentes colores con necesidad de ser rescatados. A mí me dio mucha tristeza que los gatitos quedaran abandonados y convencí a mi papá de que con la ayuda de su amiga, les buscáramos hogar. Finalmente le encontramos hogar a varios de ellos, pero nosotros nos quedamos con uno gris y ella con uno amarillo. A todas las personas que cuidamos de gatos, la vibración que ellos producen al saberse a salvo con nosotros, nos calma y reconforta como pocas cosas en este mundo. Así que felizmente rescatamos los gatitos



y ella se convirtió en mi cómplice para sus cuidados. Sin embargo, aún con todas estas vivencias que entretejían nuestras vidas, al mes siguiente mi padre tuvo con ella la incómoda conversación con la cual se había obsesionado.

Él sabía que le iba a ocasionar un gran sufrimiento, al decirle que no se sentía cómodo ya estando con ella porque no quería estar en una relación formal con ninguna mujer. Simplemente le pidió que no se lo tomara de forma personal, porque claramente ella era una mujer maravillosa. La mente de mi papá, no era capaz de aceptar la posibilidad de que si se arriesgaba a salir de su zona protectora de desapego afectivo, su vida mejoraría de una manera que él mismo jamás imaginó. Él sólo veía ataduras, oscuridad y dudas. Ella lo invitó a “cruzar el amor como un adorable puente” mientras ella, se decía a sí misma “yo cruzaré los dedos en su espera”. Aún cuando mi papá amaba la música de Gustavo Cerati, nunca pudo actuar como advertía la letra de esa canción. No aceptó la invitación a fluir en amor. Quizás porque para amar, hay que echar fuera los temores. En fin, que nunca volvimos a verla.

El tiempo pasó sobre nosotros, como una ola gigantesca que nos arrolló, probablemente alimentándose de nuestra desesperación por sobrevivir y lograr despuntar. Un día, ya estaba yo en segundo año de universidad, cuando me surgió la oportunidad de tomar un seminario de creación literaria que parecía el complemento perfecto para mis clases de publicidad comercial. A una de las sesiones del seminario, llegó alguien más a sustituir al profesor habitual. Tan pronto escuché su voz, levanté la cabeza para mirar y la reconocí: era la amiga de mi papá. Había cambiado poco en esos años que transcurrieron sin que nos viéramos. Yo lucía más alto y corpulento que cuando



la conocí, por lo que concluí que ella no me reconocería. La conferencia que dictó fue cautivadora. Terminé de convencerme de que quería tomar más cursos de literatura y redacción.

Hice la fila con otros estudiantes para hablar con ella, e intencionalmente esperé el último turno. Al llegar frente a ella, me miró sin reacción alguna. Cuando le dije mi nombre y comencé a explicar por qué razón la conocía, lanzó una carcajada sonora como era tan típico de ella, sin que pudiera yo terminar de decirle lo que había ensayado. Me dio un abrazo apretado y largo; como solo he visto que se abracen quienes reciben a un ser querido al otro lado de la puerta de cristal a la salida del aeropuerto. Hablamos brevemente sobre mí y sobre las clases que estaba tomando ese semestre. Me dijo sobre ella que estaba casada, que había publicado hacía un par de meses un libro de relatos cortos y que era feliz. Desde luego, me preguntó por mi padre y le dije la verdad. Que seguía siendo un hombre solitario de compañías intermitentes, cuyo único amor verdadero era la música. Que tenía una buena vida, en mi opinión. Terminamos nuestro breve encuentro, con la promesa de que nos mantendríamos en contacto. Me regaló una copia de su libro, con la siguiente dedicatoria: “A mi gato favorito”.

Tiempo después, leí a mi ritmo el libro de cuentos que me regaló la amiga de mi papá. Lo disfruté con calma, pensando en las escenas que veía moverse dentro de sus páginas. Recreé mi adolescencia varias veces, a través de algunos de los relatos. Conocí dimensiones de la vida de mi padre que nunca sospeché que existían. Usando la mirada de ella, vi la vida de dos personas deseosas de conectarse a quienes el miedo los apartó para siempre. Aquellos relatos estaban impregnados de las vivencias que compartimos ese año; entre música, arte, librerías y gatos. Concluí que ninguna conexión humana es un desperdicio. Lo que no nos añade plenitud de vida,



nos enseña algo sobre nosotros mismos. Y supe que al final de nuestra vida, no es importante cuánto tiempo dura un vínculo que se teje en afecto recíproco. Queda para siempre como una reverberación distante a la que quisiéramos capturar una y otra vez, el recuerdo de los sonidos, de los sabores de los cuerpos, de los aromas y de los colores, de todo aquello que nos hizo vivir alguna vez instantes de pura alegría.